

en el aire; sus innumerables organismos se enervaban y agotaban en el vacío, mientras que en toda la extensión del Imperio se iban formando, al margen de él, los grupos sociales que habían de reemplazarlo. Bajo la gastada trama de las instituciones imperiales se dibujaban ya vagamente los contornos del futuro feudalismo; se había llegado a la hora inmediatamente anterior a la de la descomposición social.

En presencia de una catástrofe cuyos signos precursores se mostraban cada día más numerosos e irrecusables, es fácil comprender las alarmas que comenzaban a llenar los espíritus habituados a la reflexión. Era manifiesto que todo estaba al borde del abismo, pero ¿qué se podía hacer para conjurar tal catástrofe? ¿Se podía pensar en echarse hacia atrás volviendo al pasado? Aun queriéndolo, las sociedades no pueden desandar el camino que las ha conducido a la decrepitud. Roma fué un ejemplo notorio de tal impotencia. La vuelta al pasado era el sueño de patriotas más generosos que reflexivos y que, sintiendo entrañablemente la grandeza romana, se figuraban que era posible que el río de la civilización remontase su curso, y que la sociedad gigantesca y voluptuosa del Imperio se dejase encajar de nuevo en los moldes de las costumbres antiguas. La imaginación prevaleció en las miras de los entusiastas que querían reconciliar a los contemporáneos de Trimalción con las lentejas de Curio Dentato, o postrar a los lectores de Luciano ante los altares de los dioses indigetas. Nada serio había de salir de esta agitación ficticia de letrados y aficionados, en la que sólo salieron ganando la pedantería y la superstición.

La filosofía fué igualmente impotente. El mundo romano, indiferente a las especulaciones teóricas, se limitaba a pedirle alguna regla de vida, alguna ley moral que pudiera servir de fundamento inquebrantable a las instituciones públicas; pero la filosofía sólo supo ofrecerle que eligiera entre lo abyecto y lo imposible. El epicureísmo aceleraba los progresos de la corrupción, el estoicismo no los impedía. A éste hay que hacerle justicia declarando que, de todas las formas revestidas en la Antigüedad por el pensamiento filosófico, ésta fué la más noble y digna de respeto; pero quedó siempre como patrimonio exclusivo de un corto número de almas frías y altivas. Desprovisto de ese espíritu de proselitismo que crea apóstoles y mártires, era incapaz de descender a las masas populares para reavivar en ellas la llama de las virtudes que agonizaban. Por otra parte, al predicar la abstención del sabio y reducir su vida a la contemplación triste y silenciosa de las cosas, apartó al hombre de los deberes de la

vida social y lo encerró en un egoísmo lleno de orgullo. Produjo algunas virtudes solitarias y estériles, pero nada pudo hacer en pro de la felicidad de la humanidad, y el despotismo se reconcilió, por fin, con esta filosofía de la desesperación, que dejaba al mundo en sus manos.

Lo que indica a las claras que el mal era orgánico es la impotencia de los buenos Emperadores para conjurarlo. Desde Vespasiano a Marco Aurelio, casi con una sola excepción, hubo en el trono una serie ininterrumpida de hombres honrados y que tenían concepto elevadísimo de sus deberes como jefes del Estado; lo fueron sucesivamente: Tito, que hizo las delicias del género humano; Trajano, bajo cuya mano alcanzó el Imperio el apogeo de su prosperidad; Antonino, que hizo de su nombre el más venerado de la historia romana, y, por fin, Marco Aurelio, con el cual la filosofía subió al trono imperial como para realizar el ideal de Platón. Pero ¿qué hicieron todos ellos en pro de la civilización y para detener la decadencia del mundo? Es muy cierto que mientras duran sus reinados van cesando las aplicaciones injustas de aquel régimen fundamentalmente injusto, pero el régimen no se modificará. Un hálito débil de justicia y de humanidad, exhalado de sus almas aristocráticas, circuló como brisa refrescante a través de la atmósfera malsana de la legislación; algunas inspiraciones generosas, sacadas ora de la filosofía que expiraba, ora del cristianismo que nacía, iluminaron acá y allá con tímido resplandor las tinieblas de la iniquidad social, y a esto se redujo todo. A pesar de las prohibiciones y de las amenazas, la esclavitud conservó su crueldad, los baños públicos su promiscuidad obscena, el celibato sus vicios egoístas, el matrimonio su esterilidad culpable, la plebe sus pasiones degradantes. Apenas podría decirse que ni aun durante el siglo de los Antoninos se detuviera la sociedad en la pendiente por la que caía hacia la corrupción. Es que esto no podía conseguirlo ningún hombre, ni aun siendo el Emperador.

Aun cuando divinizado, el poder imperial no escapaba a las leyes generales que regían la marcha de la sociedad romana; formaba parte de esta sociedad, sufría sus presiones y expresaba sus tendencias, siendo tanto más fuerte cuanto más se ajustaba a la marcha y dirección del gran cuerpo cuya cabeza era. Locura fuera querer arrastrarle en sentido contrario o pretender que se opusiera a la corriente irresistible del espíritu público. Cuando la voz estentórea de la muchedumbre se levantaba para notificar su voluntad al señor, tocábase a éste ceder, a menos de ser arrollado. Hasta los Emperadores más despóticos se daban cuenta de esta necesidad, y tenían cuidado

de ajustarse a ella. Prueba de ello hay en el trato dado a los cristianos, donde el papel de los príncipes más equitativos fué el mismo que el de Pilatos. Veían con repugnancia cómo corría la sangre inocente, pero dejaron hacer, porque la plebe reclamaba su muerte, y todos ellos merecieron este apóstrofe que un apologista cristiano ha lanzado al mejor de ellos: "¿Es que no eres el jefe de tu pueblo sino para seguirle?"¹ Tal situación explica el aire de resignación melancólica que refleja Marco Aurelio, quien, esclavo de su trono, se sentía impotente contra el mal y paralítico para el bien. ¿Valía la pena ser así soberano del mundo?

Además, en el supuesto de que los Emperadores hubiesen tenido fuerza suficiente para emprender alguna reforma, ésta hubiera tenido que empezar por el propio poder imperial, cosa que ninguno habría consentido. En esto coincidían los más sabios y los más locos, pues el absolutismo fué el ideal de todos, y si los Antoninos se impusieron cierta mesura en el uso del poder absoluto, no fué porque creyeran que el poder mismo la implicase. Al igual que los tiranos más detestables, favorecieron el desbordamiento de los vicios públicos y pusieron obstáculos al ejercicio de libertades legítimas. El económico Vespasiano construyó el prodigioso recinto del Coliseo; el dulce Tito echó a las fieras dos mil quinientos prisioneros judíos en el anfiteatro de Cesárea; y el virtuoso Marco Aurelio no dejaba de preocuparse, desde lo íntimo de su tienda de campaña, a orillas del Danubio, por las distracciones del pueblo romano, y de confirmar su solicitud paternal para con los placeres populares. Trajano, el más ilustre de los Emperadores romanos, era también el más celoso de su autoridad; no toleraba la existencia de corporaciones independientes; fué el autor del régimen de tutela financiera al que quedaron sometidos, para su desgracia, los municipios italianos; dió una extensión desmesurada a la funesta institución de los congariarios, y durante los ciento veintitrés días que duraron las fiestas de su triunfo, fueron inmolados para placer del pueblo romano diez mil gladiadores y once mil fieras.

El papel verdaderamente eficaz y decisivo no fué representado por ellos, sino por los Emperadores que supieron ponerse resueltamente a la cabeza del movimiento social para acelerarlo, sin preocuparse de sus consecuencias; entre éstos hay que reservar un lugar

¹ MELITÓN, en los fragmentos traducidos del siríaco (OTTO, *Corpus apologet. christian. saec. secundi*, frag. 10, pág. 430).

excepcional a Diocleciano, quien puso el sello a la obra de Augusto dando al cesarismo sus formas esenciales; con él alcanza su fase definitiva y suprema la evolución deificadora: en la cumbre del mundo un dios imperial con un corto número de elegidos habitaban el paraíso de la felicidad romana, mientras el resto del género humano, condenado para siempre a la gehena del trabajo y del sufrimiento, se aniquilaba derramando sudor y sangre.

Tal fué la última palabra de la civilización antigua. A medida que desarrolló el principio de muerte sobre que se basaba, aparecía cada vez más contraria a su misión divina, hasta no ser al fin sino un agente inmenso de destrucción que, después de arruinarlo todo, terminó destruyéndose a sí mismo. El género humano, que se había entregado a esa civilización confiando en sus promesas de deificación, salió gimiendo del sueño encantador en que se había dejado mecer durante siglos enteros. Es que había perdido a la vez el cielo y la tierra, y no le quedaba más esperanza que la de desaparecer en la nada.

FUENTES HISTÓRICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

HISTORIADORES. - La escasez de fuentes históricas para el período imperial es uno de los signos más notables de la indigencia intelectual que le caracteriza.

Sólo un historiador de esta época merece ser colocado al nivel de los que escribieron en el siglo de César y de Augusto: es Tácito, quizá el más ilustre de todos ellos. Sus *Anales* abarcan de la muerte de Augusto a la de Nerón (14-68) y sus *Historias*, desde el advenimiento de Galba hasta la muerte de Domiciano (69-96), reseñando así todo el siglo primero del Imperio. Desgraciadamente se han perdido las partes relativas al reinado de Calígula, al comienzo del de Claudio, al fin del de Nerón, así como a los reinados de Vespasiano (salvo el primer año), de Tito y de Domiciano. Puede añadirse a estas obras la biografía de su suegro Agrícola.

Suetonio sólo nos indemniza insuficientemente de la pérdida de una parte de la obra de Tácito con sus biografías de los *Doce Césares* (de César a Domiciano).

Después de él hay que llegar al siglo III para encontrar historiadores del Imperio; y aun éstos son dos griegos. Dión Casio escribió la historia de Roma desde su origen hasta el año 229; los dos fragmentos más importantes de este libro, tan mutilado, se refieren, el primero, a los últimos tiempos de la República y al principio del Imperio (I. 36 a 60); el otro, a los acontecimientos ocurridos desde el año 216 al 219.

La obra de Herodiano se ha conservado íntegra: comprende desde Cómodo hasta Maximino (180-238).

Hay mucho desnivel de Tácito a Herodiano: no hay menos de Suetonio a la *Historia Augusta*. Bajo este título se han comprendido las biografías imperiales compuestas por seis autores, quienes contaban los reinados de los Emperadores que van desde Adriano hasta Numeriano (117-284); se han perdido las biografías de los Emperadores Filipo, Decio, Galo y Valeriano (224-260).

Esto es, incluyendo los fragmentos recogidos por H. Peter (*Historicorum Romanorum fragmenta*, Leipzig, 1883),

todo lo que queda de la literatura histórica del Imperio. Podremos formarnos idea de su insuficiencia al saber que para el reinado de Trajano, el más grande de todos los Emperadores, sólo contamos con el *Panegírico* que de él hizo Plinio el Joven y con algunos fragmentos informes. Por ello será más necesario recurrir a documentos indirectos, que reflejan la vida romana con tanta fidelidad y más color que la mayoría de los historiadores: tales son principalmente los tratados morales de Séneca, las sátiras de Juvenal, las cartas de Plinio el Joven, los epigramas de Marcial, las novelas de Petronio (*Satiricón*) y de Apuleyo (*Metamorfosis*), el tratado crítico titulado *De causis corruptae eloquentiae* y el folleto de la *Apokoloquiosis*. Las memorias de Marco Aurelio y el manual de Epicteto señalan el punto culminante a que llegó la filosofía moral del paganismo.

A. — MONUMENTOS LEGISLATIVOS. En lo que concierne a las leyes y monumentos legislativos anteriores gran número de ellos han sido recogidos en el *Corpus juris civilis* de Justiniano (ed. Mommsen, Krueger y Schoell); los demás desaparecieron totalmente a causa de las medidas tomadas por ese Emperador para garantizar la autoridad de su colección. Entre los trabajos de los legistas anteriores a Justiniano, y que desaparecieron igualmente ante esa compilación oficial, hay que citar sobre todo las *Instituciones* de Gayo, que se encuentran, con otros documentos anteriores a Justiniano, en la *Collectio librorum juris antejustiniani* de Krueger, Mommsen y Studemund, 3 vols., Leipzig, 1878-1890, en Huschke, *Juris prudentia antejustiniana*, 3ª ed., Leipzig, 1879, y también en Bruns, *Fontes juris romani antiqui*, Friburgo e. B., 6ª ed., 1895, y en Girard, *Textes de droit romain*, 2ª ed., París, 1895.

B. — INSCRIPCIONES. Han sido reunidas por la Academia de Berlín y clasificadas geográficamente en la gigantesca colección titulada *Corpus Inscriptionum Latinarum*, Berlín, 1862 y años siguientes, que comprende hasta ahora quince volúmenes. Mientras se termina la obra, serán muy útiles para los

países que aún no figuran en ella, es decir, Germania y parte de la antigua Galia, algunas colecciones especiales como: Brambach, *Corpus Inscriptionum Rhenanarum*; Boissieu, *Inscriptions de Lyon*, Lyon, 1846; Allmer, *Musée de Lyon*, 5 vols., Lyon, 1888-1892; C. Julian, *Inscriptions romaines de Bordeaux*, 1887-1890; Mommsen, *Inscriptiones confederationis helveticae latinae*, Zurich, 1854.

Una revista, la *Ephemeris Epigraphica*, está destinada a tener la colección a la altura de los progresos diarios de la ciencia, editando las inscripciones descubiertas en los diversos países después de la publicación de los respectivos volúmenes del *Corpus*. Desde 1888 M. Cagnat reúne en *Année épigraphique* las inscripciones que van descubriéndose cada año.

Hay algunos textos epigráficos que son verdaderas páginas de historia; tal ocurre con el célebre monumento de Ancira, en donde Augusto resumió la narración de su reinado; ha sido publicada por Mommsen bajo el título de *Res gestae divi Augusti ex monumentis ancyrano et apolloniensi*, 3ª ed., 1883; ed. pequeña por C. Peltier.

C. — MONEDAS. La ciencia de la numismática romana ha sido creada por Eckhel, *Doctrina numismatum veterum*, Viena, 1792-1798, 8 vols. en 4º.

La colección más completa es la de Cohen, *Description historique des monnaies frappées sous l'Empire romain*, París, 1859-62, 7 vols. en 8º; ha sido refundida por Babelon, París, 1888-92.

D. — DOCUMENTOS GEOGRÁFICOS. Se han conservado muchos itinerarios, de los cuales los más importantes son el de Antonino y el *De Burdeos a Jerusalén*; han sido publicados en una nueva edición por Parthey y Pinder (*Itinerarium Antonini et Hierosolymi ex libris manuscriptis*, Berlín, 1848).

La *Table de Peutinger*, que es del siglo III, es principalmente un mapa caminero, y completa o rectifica los itinerarios; la edición comenzada en 1869 por Ernest Desjardins quedó interrumpida por muerte del autor; otra ha sido publicada por K. Miller, Ravensburg, 1888.

Entre los muchos geógrafos que han descrito el mundo romano hay que citar (del siglo I) a Estrabón, Pomponio Mela y Plinio el Viejo, en su enciclopedia titulada *Naturalis historia*;

Tolomeo, que escribió en el siglo II, es muy inferior a ellos; los demás se encuentran en la colección de Riese, *Geographi latini minores*, Francfort, 1878.